



## **La política, la gente, y los retos democráticos del país**

Rolando Ames

Presidente del Instituto de Diálogo y Propuesta

**Síntesis:** ¿Por qué fallamos como democracia? Tan inquietante pregunta es abordada a través de estas reflexiones que buscan no sólo aproximar un diagnóstico sino también arriesgar algunas propuestas. Vale decir, alternativas para empezar a incorporar y reconocer nuevas presencias democráticas de forma tal que se abra paso la construcción de lo que, quizá, sea una dimensión política superior: la democracia de lo público.

Cuando se invita, como se acaba de hacer conmigo, a reflexionar con libertad sobre la política peruana y su futuro, ¿qué materia se nos pide tratar? O dicho de otro modo ¿a qué política se refiere la pregunta? Comparto el margen de incógnita que me produce esta cuestión, porque no responde sólo a un sentimiento personal. Alude a una problemática objetiva, y subjetiva también, sobre la que vale la pena incitar al diálogo. Me refiero a la distancia entre el acontecer político inmediato y temas muy relevantes para este colectivo humano aludido con el término país. Temas, además, cuya dimensión política habría que saber reconocer.

No se puede hablar de política, por supuesto, sin tomar en cuenta el terreno mismo de los actores e instituciones dedicadas a ese fin, de las luchas de poder alrededor del Gobierno, en el estricto campo de la acción estatal representativa –que es fruto además del voto universal- aunque sus protagonistas actuales no nos agraden. La evolución de la última crisis argentina reiteró, por ejemplo, una enseñanza a no olvidar: aunque la protesta contra los políticos sea general y se pida “que se vayan todos”, la resolución de esa crisis se canalizó vía los procedimientos institucionales del Estado. Y, quizás contra todo pronóstico, se logró mediante ellos, cambios reales en la orientación del país.

Pese a esta consideración elemental, la política -particularmente la actual- no puede ser entendida y reformada considerando sólo lo que pasa en esa arena institucional, ella perdió la centralidad que tuvo hace décadas. Vale la pena seguir la pista a los aspectos fundados que existen en la decepción que produce. Podemos suponer que la gente está decepcionada porque tanto asuntos económicos -que para la mayoría son de literal supervivencia material- como expectativas sobre una mejor calidad del trato entre las personas en los espacios públicos -relevantes para todos- son muy mal respondidos en la sociedad actual. Hay- en el mundo contemporáneo y en el Perú- un gran malestar social. Como se trata de hechos que afectan al conjunto, se mira a la política en busca de alternativas. Ella es declarativamente responsable de ese plano general. No tenemos otros términos para nombrar asuntos del país en tanto tal, salvo decir que son políticos, (o “que el país es así”, o que los seres humanos no pueden ser de otra manera). Y como la forma en que transcurre hoy “esta” política en el Perú, no ofrece alternativas fiables, ni explicaciones de por qué nos pasa lo que nos pasa, ella es denostada y va dejando de ser objeto de interés.

Hace pocas décadas, en cambio, Latinoamérica vivía pendiente de una política que ha sido llamada con razón “hipertrofiada”<sup>1</sup>, pero que permitía en medio de ese exceso, objetivar y debatir problemas sociales sustantivos. No se vacilaba en aceptar, por ejemplo, que la cuestión del empleo era económica pero también política. Y las diferencias, distancias y discriminaciones entre los peruanos, o “el problema del indio” como se le llamó en el intenso debate de las primeras décadas del siglo XX, fue motivo de diagnósticos y propuestas públicas fuertes. De Víctor Andrés Belaúnde a José Carlos Mariátegui, pasando



por Víctor Raúl Haya de la Torre, ellas tenían una clara voluntad de incidir en la sociedad y el país, a través de la política

Estamos muy lejos de aquel tiempo. El imaginario de una política todopoderosa ha dado lugar desde hace algunos años a su contrario. La causa está en que es muy perceptible la desorientación e impotencia de líderes que deben aparentar que dirigen una sociedad cuya organización está en buena parte fuera de su control. En el camino quedaron, desgraciadamente sin la continuidad necesaria, los esfuerzos de muchos representantes políticos sanos, de las más distintas ideologías. Ellos, sobre el piso, es verdad, de una organización social distinta, coincidieron en tratar de representar intereses de sus sectores de origen, desde sus diversas visiones de un mismo Perú, asumido como tal.

De esa época apenas un partido ha sobrevivido en el Perú con vigor suficiente. Otros países latinoamericanos lograron forjar, en cambio, instituciones estatales, partidos y, sobre todo, sentidos culturales de mayor integración, en ese periodo de la urbanización masiva y la industrialización nacional, que era más propicio para ese fin. En el Perú tenemos pendiente buena parte de esa gran “cuestión previa” de la política moderna y nos toca cumplirla en un nuevo marco global. Es posible, es difícil, pero creo, personalmente, que es indispensable jugarse por lograrlo con decisión y creatividad. Desde esta opción va este análisis que busca la objetividad, la capacidad de comprender a los otros.

## **Auto inhibición e historias abiertas**

Ahora, la política es uno entre otros asuntos que se conocen vía los medios de comunicación, especialmente la televisión. Y allí lo principal no es la función de información, sino que mucho de lo relevante de la política misma ocurre en este campo sobre-iluminado de los medios. Ellos se rigen en su mayoría por captar lo más sensacional y escandaloso en lo inmediato, dada la lógica de ganar al público y vender la propaganda, de la cual tales medios dependen. El conjunto de esta industria ha pasado a ser, no por voluntarismo propio, el eslabón central tanto en el proceso de producción de las imágenes de consumo masivo como en el de formación de las agendas públicas. Debiéramos tenerlo bien claro.

Son estos procesos de cambio societal global, los que explican en mucho por qué la política tal como aún se realiza entre nosotros, deja en la penumbra temas sustantivos de interés común y sin respuesta inquietudes vitales de ciudadanas y ciudadanos que no tienen influencias<sup>2</sup>. La decadencia constante en la calidad de la educación pública, la no reducción de la pobreza y, lo que es peor, el aumento de la desigualdad, después de décadas de programas que declaran luchar por lo contrario, se quedan por ejemplo al fondo del escenario, mientras el frente es cubierto por los escándalos lamentables e intrascendentes que llenan “la actualidad”.

Se trata de las pequeñas pugnas y acuerdos, generalmente superficiales entre los políticos y por fuera de las relaciones con quienes los eligieron. Su comportamiento responde a muchos factores, entre ellos el que esta sociedad altamente tecnificada es realmente compleja y difícil de representar como antes; su ingreso a la política por razones más particulares; pero también la intuición que si entran en asuntos de fondo de la actual organización social, enfrentarán problemas derivados del filtro de los medios o de la fuerza de otros “poderes fácticos”, es decir de los grandes y diversos intereses que están detrás del escenario público. El hecho es que la auto inhibición de la política ha contribuido a que



pierda trascendencia<sup>3</sup>. Al no renunciar, sin embargo, a formalismos y solemnidades, ahora débiles de contenido, facilita su caricatura.

El buen análisis político, para no perder también perspectiva y trascendencia, debiera siempre por eso contrastar los asuntos que protagonizan los representantes, con los problemas que preocupan a los representados y ambos con las constataciones objetivas y técnicas sobre la situación económica y social del país.

Señalé ya que la escisión entre estos campos tuvo que ver con los procesos de cambio mundial que han forjado esta época, que gira en torno a los circuitos financieros más fuertes de un restringido y a la vez más abarcante mercado mundial. En el Perú, se ha dicho bien que Fujimori y Montesinos, sin lazos con los partidos y la institucionalidad anterior, percibieron mejor esta nueva ubicación de la política al comenzar su gobierno<sup>4</sup>, los nuevos escenarios, los actores fuertes. Por eso, no buscaron a los partidos ni organizaron un apoyo social particular, apuntaron a basar su poder en la alianza estratégica con los poderes de hecho, económicos, diplomáticos y militares y aprendieron a ganar a los sectores populares con servicios concretos e imágenes mediáticas efectistas, que constituían de por sí un mensaje.

Ocurrida la transición peruana, sus actores no han pensado en la importancia práctica que podía tener explicar y divulgar esta nueva arquitectura de la organización y el poder mundial y nacional, desde el campo económico hasta el cultural. Y ésta era una condición necesaria para que la gente entendiera en qué marco actúan realmente nuestros países y sus gobiernos.

Las verdades duras, abiertas y compartidas, son más sanas para construir democracia que los ocultamientos y las promesas vanas. Tampoco los analistas hemos insistido en la importancia de esta clase de información que podríamos llamar estructural. En democracia, los ciudadanos deben saber cómo es realmente la sociedad en que viven y cuál es el poder del Estado, del cual, según la constitución, ellos son los titulares últimos. Nuestra omisión fomenta estas “democracias delegativas”. En ellas, la creencia, en buena parte inducida, de que no es posible entender los asuntos públicos y su relación con los personales, lleva a dejar todo en manos del candidato “menos malo”.

Los países se empantanaron así en la corrupción, y los autoritarismos y las dictaduras pueden aparecer otra vez como el paso siguiente. En momentos como el de la presente crisis del gobierno de Alejandro Toledo, hay mucha razón para hacer especulaciones de futuro en esta dirección. El descontento, la desconfianza generalizada, la pelea menuda, provocan la nueva respuesta autoritaria. Hay mucho espacio para pronósticos en esa dirección. Y sin embargo, la historia y las historias siguen abiertas. Los países y sus gentes son quienes las seguimos haciendo, con márgenes de libertad variables, portando capacidad para lo vil, pero también para lo más noble.

## **Nuevas presencias democráticas**

Es tiempo de poner la atención sobre las tendencias hacia el futuro y sobre sus potencialidades positivas factibles. La reproducción de los aspectos negativos no es el único curso posible. Más aún, al comenzar el siglo XXI, lo que es noticia no es el advenimiento del progreso vía la reducción del Estado y el adelgazamiento o desaparición de la política, que presagiaron algunos hace una década. La realidad está obligando más bien a que entren



al debate político los temas económico-sociales, de relaciones internacionales, de derechos y libertad contra las discriminaciones.

En concordancia, un asunto crucial es la coincidencia desde distintas concepciones, en que el problema crítico mundial es que la globalización global no está gobernada, que depende en demasía sólo de los impulsos de las fuerzas del mercado<sup>5</sup> (y en parte de la arbitrariedad de un solo país).

Es muy interesante además, cómo la constatación de la pérdida de valor de los Estados nacionales, lleva hoy a revalorarlos como peldaños de construcción, a través de sus asociaciones en bloques móviles, de las instituciones mundiales que faltan. Esto, paralelamente al rol de los primeros núcleos de una sociedad civil mundial.

La cuestión de la democracia ya no compromete entonces sólo a los procedimientos de gobierno estatal, sino a la coordinación de éste con los actores del mercado y la sociedad civil. La ampliación desde abajo del propio mercado, la mayor comunicación, la difusión real del conocimiento, generan dinamismos innovadores, más actores y más pluralidad de asuntos públicos.

Un tema central, como las relaciones de género en el ámbito doméstico -antes recluso a lo privado- ha ganado ya una sana y básica legitimidad. Y el tema de derechos humanos avanza por su parte, convocando las energías éticas de muchos que no temen en denunciar a las dictaduras y a las nuevas industrias de la guerra, el narcotráfico y el crimen organizado. La expresión y reivindicación cultural de identidades y sentires diversos tiene un enorme vigor y lucha por la igualdad en el trato cotidiano que es a la vez, un valor cívico y político fundamental.

Por su parte, el debate entre los expertos distingue que los riesgos de banalización de la vida, de los que se acusa a la llamada “video política”, no pueden negar que los medios de comunicación y la propia competencia, entre ellos, son también un recurso democrático de enorme potencialidad.<sup>6</sup> Más aún, en el Perú se ha señalado hace ya tiempo, la importancia de que los peruanos de todas las condiciones y culturas, más allá de las discriminaciones que nos separan, compartamos en tiempo real las mismas imágenes y superemos los límites que siempre tuvo entre nosotros, la comunicación escrita, que fue la base de una ley, ajena por eso a millones de compatriotas.<sup>7</sup>

El problema de representar a los ciudadanos ante el Estado, vía los partidos, tiene un alcance sin duda siempre importante, aunque objetivamente más estrecho que antes. Por eso, aparte de mejorar la institucionalidad de ese plano hay que buscar otros mecanismos de presencia social democrática. Las presencias democráticas en el escenario de los medios masivos aparecen fundamentales a fin de lograr en algunos de ellos el espacio para aquella “información estructural” y deliberación libre con un acceso social más diversificado. Hará falta sin duda, la iniciativa de instituciones distintas, universidades, colegios profesionales, empresarios innovadores, grupos de arte, periodistas, profesionales de la comunicación creativa, para generar las nuevas formas de expresión y vida democrática del futuro.

### **En agenda: democracia de lo público**

Los diagnósticos que intenten ir a las raíces de nuestra situación nacional y la revisión de tendencias positivas presentes pero generales, debieran permitir componer una agenda con propuestas no sólo de qué hay que hacer, sino de quiénes pueden hacerlo y en qué tiempos.



Éste fue el norte con el que empecé este trabajo, pero no sólo quedan pocas líneas disponibles para intentar un esquema, sino que quizás parte de lo que tiene más trabajo detrás, sea la provocación ya hecha.

Adelanto sólo rubros que se desprenden de lo anterior, a partir de saber todos que nuestro país existe, que es pese a todo un conjunto humano desigual pero con historia común, con instituciones malas pero que a todos nos afectan:

1. Apuntar a construir una institucionalidad pública inclusiva, es decir democrática en el Estado, el mercado y la sociedad peruana, supone impulsar un proceso de largo aliento. Los actores más diversos deben ser animados a protagonizar deliberadamente ese proceso. Y un objetivo central para él debiera ser fortalecer el sentido de pertenencia democrática a este país, o superar la idea de que el Perú es y será fatalmente débil. Estamos hablando de un sentido específico de pertenencia: sabernos todos miembros de una comunidad política de ciudadanos y ciudadanas. La añoranza cíclica del líder autoritario revela la necesidad del guía fuerte del cual obtener los márgenes de seguridad que individualmente nos faltan. Y nos recuerda la presencia de una historia acumulada de sujeción por la fuerza, de frustración y precariedad, de la cual emergen sin embargo aún con energía, millones de peruanos.

La constitución de un país integrado democráticamente sólo puede sustentarse si ese proceso se expresa materialmente, como política económica y social articulada, por un conjunto de acciones públicas y privadas, que enfrenten la pobreza y la desigualdad a la vez. La estrategia nacional, es decir política, de inserción en la economía mundial y el mundo globalizado, que aún no existe, y por tanto los términos del Tratado de Libre Comercio ahora en discusión, deben de tener ese mismo norte y requieren mostrar la información técnica ante el público de resultados probables y escenarios alternativos.

Los datos del Informe del PNUD sobre la Democracia en América Latina, contienen una bofetada a las elites de poder. Ese análisis oficial<sup>8</sup> dice que mejoramos en procedimientos político electorales, pero fallamos como democracias, porque los resultados de las políticas implementadas no se traducen en experiencias de mejora material para la mayoría de la población.

Recordaré sólo un ejemplo de esta incomunicación entre el mundo bien instalado del país y los peruanos que subsisten bajo la línea de la pobreza. Me refiero a los comentarios sobre la supuesta “falta de cultura democrática de un sector de la población” por declarar en ese mismo estudio, que podrían aceptar regímenes autoritarios. Se lamenta la consecuencia, no se quiere pensar en las causas. La desigualdad, las discriminaciones a las que nos hemos acostumbrado, llaman al autoritarismo, al gobierno por fuera de la ley y a la corrupción, no a la democracia, ni a la ética pública.

Finalmente, el proceso de construcción democrática tiene nuevas condiciones a favor. Señalo dos. En primer lugar, tenemos que la mayor comunicación actual aumenta la posibilidad de trato cotidiano y directo entre peruanos y peruanas distintos, a la vez que una aspiración ética elemental vincula como nunca antes a jóvenes de la élite limeña y campesinos del ande y el oriente: la de ser reconocidos, tratar con respeto al otro y ser tratados igual. Este hecho es un capital democrático a invertir a favor de la democracia política y la institucionalidad estatal, en campos neurálgicos como son la descentralización, las políticas económico-sociales y la conducción democrática de las Fuerzas Armadas. Una



parte de las elites empresariales de dentro y fuera del Perú participan también de esa aspiración que es un signo de salud del espíritu.

El segundo componente nuevo y muy político, es que la mayor parte de los peruanos pobres rechazó la violencia política, la guerra de Sendero Luminoso, que es distinta a la violencia social de hoy, más espontánea pero dispersa y lejos todavía de una articulación política centralizada. Aún estamos a tiempo de hacer productiva aquella opción madura y progresista de los sectores mayoritarios.

2. El nudo crítico pero desafiante a nuestra capacidad de innovación es el de quiénes pueden ser los agentes de un proceso de expresión y construcción institucional democrática. Para empezar -como acaba de ser reconocido por el PNUD- en nuestros países la democracia no puede ser asumida sólo como procedimientos de elección. Los partidos políticos están especializándose, sin embargo y principalmente, en ese campo y él no puede responder ya en los términos de la sociedad actual, demandas de representación más subjetivas de un lado y más materiales, específicas y segmentadas por otro.

La distancia representantes-representados de la que hablamos al comienzo, no puede ser ya resuelto, a mi juicio, sólo por los partidos y por los políticos en el sentido restringido del término. Éste es un asunto complejo pero que debe ser analizado a fondo. En los trabajos académicos se ensaya llamar con otro término a la democracia contemporánea: uno de los nombres alternativos es "democracia de lo público", dejándose de lado el de "democracia de partidos".

Lo interesante de este nombre es que indica que la responsabilidad de los asuntos públicos excede el terreno estatal y partidario. Lo público es responsabilidad plural, en la que intervienen los llamados poderes de hecho, las grandes corporaciones y agentes del circuito financiero, los líderes de instituciones diversas, sean éstos del Estado o de los sectores militares, o de la empresa, como los dirigentes de las industrias culturales y de los medios de comunicación, y los ejecutivos de las agencias de sondeo de la opinión pública, entre otros.

Por su parte, también buscan deliberadamente intervenir en la política pública, organismos no gubernamentales, grupos religiosos jerárquicos y de base, redes de la sociedad civil, universidades y centros intelectuales. Finalmente, agentes del mercado y de la economía, grupos empresariales, sindicatos obreros y campesinos, organismos sociales, continúan y readecúan su acción pública al nuevo contexto. Pues bien, la afirmación gruesa que ya no es posible desarrollar aquí es que la institucionalización de una democracia viva hoy implica reconocer las responsabilidades de todos estos actores en lo político común, o lo público asumido como más amplio que la institucionalidad estatal y partidaria representativa.

El tema, como lo sabemos, es mucho más profundo además que un problema organizativo. Si recordamos al comienzo que la política se desprestigia porque toda la sociedad actual no responde bien ni a necesidades de seguridad material ni a la búsqueda de reconocimiento personal de tantos, y que esta política no puede resolver estas demandas, lo que aquí hacemos, es empezar a sacar las conclusiones. Hay asuntos públicos, si cabe "meta políticos", sobre los cuales actores no partidarios deben asumir responsabilidades para lograr éxito en el proceso de construir comunidad democrática en el Perú; no restringamos la política sólo a las elecciones. La gestión estatal de los representantes, incluso si es bien llevada, no puede tratar por sí sola una agenda pública que se ha hecho más rica y exigente. Y ello puede no ser un problema sino una posibilidad.





Mucha gente no cree más en el caudillo iluminado, y los movimientos sociales y los jóvenes afirman sus alternativas en su propia práctica, asumiendo y combatiendo el malestar ético que les produce el mundo actual, si cabe desde dentro de sus propios comportamientos. El campo del arte, de la cultura, de la filosofía, son de hecho, como en toda época de cambio, lugares en que fermenta lo nuevo. Está pugando por entrar al debate público, el tema humano fundamental, de los diversos sentidos que puede darse a la vida humana. A una sociedad de esta naturaleza le corresponde un cambio en las formas de dirección y de representación política, que surgirá sin duda a partir de la reforma organizada de las actuales. En cambio, dejar toda la responsabilidad a quien, para ser elegido, tiene que pensar primero en el dinero para la campaña, que actúa frente a electores que no ubica directamente, que lo asumen más como intermediario que como representante, parece ser un error de análisis. En los países avanzados, la discusión de estos temas es ya intensa y sin embargo es aquí, en donde ella no está presente, donde más requerimos responder justamente a estos retos más avanzados.

3. Al final, dos palabras sobre los tiempos de este proceso posible en el Perú. Una cuestión decisiva es la del rumbo inmediato de esta transición tan extraviada, aunque no fracasada. Aquí me parece importante rescatar que el tiempo político actual contiene avances democráticos a no perder. Ejemplos son, la descentralización y la afirmación de los municipios como gobiernos locales. Ellas le han dado a la reforma del Estado, con todos sus defectos, un horizonte por cubrir que involucra a más actores y territorios y reconoce la condición estatal de autoridades por fuera del centralismo limeño.

De otro lado, el Acuerdo Nacional, aunque no ha alcanzado aún esa legitimidad, ha sido un comienzo en el Perú de un ensayo plural de acordar política de largo plazo, que será referente útil cuando se acerquen las elecciones y el debate sobre las responsabilidades de actores no partidarios. Lo mismo debe decirse de las experiencias de concertación y participación de las mesas de lucha contra la pobreza, de los consejos de coordinación local y regional y de otras instancias.

Finalmente, una observación de coyuntura. La lamentable crisis del gobierno de Alejandro Toledo nos coloca ante un obstáculo que sin embargo puede y debe resolverse dentro de la institucionalidad política democrática. Las alternativas van entre la continuidad precaria de este gobierno que supone la tolerancia acordada de los otros partidos; un régimen en el que gobierno y oposición controlen uno el Ejecutivo y otro el Congreso; la vacancia presidencial con adelanto de elecciones y la inclusión en un momento del proceso, o no, de una Asamblea Constituyente. Todas estas variantes, en grado distinto ya excepcionales, se moverán no obstante dentro de esta institucionalidad. Será visible que requeriremos de alguna forma del acuerdo general para una estabilidad mínima hasta las elecciones. Pese al desgaste de los liderazgos políticos, los sectores autoritarios más corruptos, a los que les convendría el desorden y la violencia para relegitimarse, no parecen tener las posibilidades mayores.<sup>2</sup> En todo caso, esta nueva transición debiera ser mejor aprovechada. La experiencia de deliberar sobre objetivos sustantivos de país, puede ser más real, por darse justo en el centro del dilema práctico de gobernarnos o no en democracia. El debate abierto y bien fundado sobre cómo construimos un Perú democrático, desde ahora y en un proceso largo, puede y debiera dar otra consistencia y horizonte al tiempo inmediato que se viene. Nos hace falta a los peruanos saber que podemos ser sujetos de nuestra historia y sentir que lo estamos haciendo.

#### Notas:



1. Touraine, Alain. "Política y sociedad en América Latina, Madrid", Espasa Calpe, 1989. Es de interés la referencia, porque el autor ha conocido y tratado de entender los aspectos positivos de la pasada política latinoamericana. Su crítica es por eso más precisa y sustentada.
2. El tema del malestar con la civilización contemporánea, la voluntad de analizarlo y enfrentarlo, fueron una preocupación multidisciplinar, polémica, recurrente durante el siglo XX, que marcó a mi generación y que se expresó desde la filosofía, la economía y todas las disciplinas de las ciencias sociales, hasta la psicología y el psicoanálisis. Ella alimentó también las mejores preocupaciones por la política, analíticas y prácticas. Las críticas a la forma actual de la globalización y a cómo en ella se hace difícil la comprensión y la intervención democrática en los procesos colectivos, es heredera de esa tradición. Una persona con quien desde lejos coincidí en esta perspectiva y del cual aprendí mucho es el alemán-chileno, Norbert Lechner, quien falleció en Santiago a comienzos de este año. Su libro "Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política", Lom, Santiago, 2002, ha sido quizás, mi referencia principal al escribir estas líneas. Quiero dejar por eso en esta cita, testimonio de amistad y gratitud.
3. Sobre la magnitud del cambio de la política, los vacíos que deja y perspectivas alternativas, ver por ejemplo Zygmunt Bauman, "En busca de la política", Bs Aires, FCE, 1999 y Ulrich Beck "La invención de lo político", Bs. Aires, Fondo de Cultura Económica, 1998.
4. Tanaka, Martín "Los espejismos de la democracia: el colapso del sistema de partidos en el Perú, 1980-1995, en perspectiva comparada", Lima, IEP, 1998, y Julio Cotler y Romeo Grompone "El Fujimorismo", IEP, Lima, 2001.
5. De la vasta literatura en esta perspectiva, cito UNESCO, Proyecto DEMOS "Gobernar la globalización", México, Ediciones DEMOS, 1997; porque es un trabajo latinoamericano, ya de hace algunos años y que incluye voces tan plurales y respetadas, como Fernando Henrique Cardoso, Patricio Alwyn, Aldo Ferrer, Rigoberta Menchú y otras personas ilustres.
6. Para la necesidad de una perspectiva política de largo aliento que no lleve a conclusiones rápidas sobre "el reemplazo de los partidos por los medios", ver: Manin, B., "La metamorfosis de la representación", en: M. Dos Santos (coord.) ¿Qué queda de la representación política?, Ediciones Nueva Sociedad, Caracas, 1991. La perspectiva crítica a la llamada "video política" tiene como máximo representante aún el polémico ensayo de Giovanni Sartori, "Homo videns (Sartori, Giovanni. "Homo videns: la sociedad teledirigida", 2a ed., México, D.F. : Taurus, 2001)
7. Nugent, Guillermo "El poder delgado: fusiones, lejanías y cercanías en el diseño cultural peruano", Fundación Friedrich Ebert, Lima, 1996.
8. PNUD, "[El estado de la democracia en América Latina](#)", Lima, PNUD, 2004. Ver además la versión electrónica, del trabajo de Guillermo O'Donnell, "Notas conceptuales para el análisis de la democracia en América latina", escrito para este proyecto.
9. Lo que ocurre en estos días, con la provocación fanatizada - pero no reductible al terrorismo - de un sector del sindicalismo magisterial en Ayacucho, Huancayo y otras ciudades andinas, no anula esta consideración, pero constituye un grave problema social. Frente a este urge a la respuesta democrática, estatal y social. De lo contrario, las élites partidarias del gobierno por la fuerza, sí podrían presentarse otra vez en salvadoras.